

Patricia García-Rojo

# LOBO

El Camino  
de la Venganza

Título original: *Penelope Green. L'évenail de Madame Li*

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Teresa Tellechea

Diseño y coordinación gráfica: Lara Peces

Traducción del francés: Marta Cabanillas

© del texto: Béatrice Bottet, 2012

© Casterman, 2012

© Ediciones SM, 2014

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## CAPÍTULO 1

El Havre, una noche oscura y lluviosa de finales de otoño. Detrás del puerto, en una callejuela atestada de barriles y de carretas, se sucedían tabernas y bodegas, burdeles y mesones. Un hombre entró en El Pelicano Negro –envuelto en penumbra, apenas iluminado por tres o cuatro quinqués– y unos clientes agolpados alrededor de una mesa de madera lo llamaron inmediatamente.

–¡Eh! ¡Aquí!

–Ya solo le esperábamos a usted.

El hombre tenía un porte mucho más elegante que aquellos cuya atención había atraído: aparentemente, no eran más que unos marineros esperando a que zarpase su barco. Mientras se dirigía hacia ellos, se despojó del abrigo mojado y lo sacudió para quitarle las gotas de agua que perlaban la tela. Después, apartó los vasos con el dorso de la mano y, en el espacio que quedó libre, dejó su sombrero y un voluminoso hatillo hecho con una gruesa manta. Del interior del hatillo surgió un ruido de metal y de objetos entrechocándose.

Una espesa humedad dominaba aquel lugar, que olía a café, vino peleón, ron y humo. En El Pelicano Negro, los clientes se dividían en dos clases: los que, en grupos, bebían mucho, hablaban a voces, berreaban canciones sin pies ni cabeza e ignoraban a todo el mundo y los que, solitarios, medio tirados sobre los bancos y frente a vasos vacíos, parecían echar una cabezada o dormir la mona e ignoraban a todo el mundo.

El hombre elegante era un inglés llamado James Howell. Arrastró una silla de madera hasta la mesa, le quitó el polvo con su pañuelo y se sentó. Los marineros que le esperaban se inclinaron hacia él,

por encima del grueso hatillo, formando un círculo súbitamente mudo y atento.

–Es para mañana. Señores, me gustaría poder contar con ustedes –anunció Howell.

–Por supuesto –dijo un hombre mayor que el resto, con el pelo y la barba algo canosos, y que parecía ser el portavoz.

Los demás asintieron vehementemente con un movimiento de cabeza, poniendo cara de concentración, sin decir nada. Eran conscientes de que debían comportarse bien para no echar a perder el negocio.

–Hay que cargar a bordo cincuenta cajas, con discreción.

–¿Con discreción? –se sorprendió uno de los tipos, Benedict–. ¿Eso qué significa? ¿Clandestinamente?

–Chiss... –dijeron los demás lanzando miradas alrededor.

–¡Idiota! –le dijo el canoso Rigaut dándole un manotazo en la cabeza.

Rigaut tenía unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Como toda la gente de mar que había alcanzado esa edad, tenía un aspecto recio y cansado al mismo tiempo. Recio, debido a una profesión que forjaba una musculatura de acero; cansado, por una vida de trabajo agotador donde nunca se come lo bastante bien, nunca se duerme lo suficiente, hay que enfrentarse sucesivamente a la calma chicha y a la tormenta, a los icebergs y al sol inclemente de los trópicos, a refriegas en los bares y a la ilimitada autoridad del capitán o del contra-maestre. A Rigaut, como a los otros, le atraía bastante la idea de jubilarse pronto para descansar, por fin, de una vida muy ajetreada. Una casita de piedra en una playa francesa y, quién sabe, una mujer dedicada a hacerle la vida agradable. Pero para eso le hacía falta dinero. Por suerte, se había topado con este negocio.

Howell se echó aún más hacia delante por encima de su hatillo y los otros se acercaron formando un estrecho círculo de caras crispadas por la espera.

–Con discreción significa de noche, en silencio y usando solo la fuerza humana –murmuró Howell.

–¿Sin polipasto?

–Efectivamente, sin polipasto. Los vigilantes y el marinero de la cala<sup>1</sup> están al corriente de todo, que para eso les he pagado.

–¿Y qué es lo que tenemos que cargar? –preguntó Benedict.

–Biblias –contestó Howell.

–¿Biblias? ¿Y hay que hacerlo clandestinamente?

–Idiota –repitió Rigaut.

–Las cajas vienen de Inglaterra, aguardan en un almacén que he alquilado –continuó Howell ignorando el comentario–. Una carreta estará esperando. Tendrán que llevarla hasta el embarcadero. Envuelvan las ruedas con trapos. Habrá que hacer cuatro o cinco viajes, por lo menos. Las cajas pesan bastante.

–¡Pues claro! –comentó Benedict de nuevo–. Nada pesa más que los libros, ¿sabe?, excepto los...

–¡Cierra el pico! –ordenó Rigaut antes de que aquel imbécil metiera la pata otra vez.

–Cincuenta cajas de biblias que hay que subir a bordo discretamente –dijo Howell–. El marinero de la cala les dirá dónde ponerlas.

–¿Y qué sacamos con esto?

–Pues miren...

En ese momento, Howell señaló el hatillo. Deshizo con cuidado los nudos que unían los cuatro extremos y, gesticulando mucho con las manos, mostró todo un batiburrillo de objetos que brillaron débilmente a la luz de los quinqués, en medio de un tintineo agradable al oído.

–¡Ooooooh! –exclamaron los conspiradores.

–Espero que les guste –dijo Howell tras unos segundos.

–Sin duda... –logró emitir Rigaut tragando saliva.

–Pues, señores, imagínense un océano de tesoros donde esto solo sería la espuma de una pequeña ola.

<sup>1</sup> Marinero responsable de cargar la cala y que apenas sale de ella.

–¡Ooooooh! –repitieron los tipos con los ojos encendidos, la boca redonda y la mandíbula colgando.

–Vamos, lo pueden tocar.

Inmediatamente, unas manos primero tímidas y luego cada vez más ávidas y voraces, se hundieron en pendientes decorados con piedras preciosas y perlas, anillos, misteriosos adornos con rebordes de plata o nácar, extrañas cajitas, minúsculos cuencos lacados en negro y rojo con motivos de una delicadeza extraordinaria. Las cabezas inclinadas formaban una leve sombra sobre ese maravilloso espectáculo.

–No intenten hacerlas desaparecer en sus bolsillos –avisó Howell–, o no solo no participarán en el reparto final, sino que además acabarán en un callejón con un buen tajo en la carótida. Igual que si lo cuentan por ahí.

–¿Qué es una carótida? –preguntó Benedict–. ¿Un tipo de flor?

–Significa que te cortarán el cuello de oreja a oreja –precisó su vecino, que acariciaba con el pulgar un pequeño y bonito objeto de marfil de unos dieciocho centímetros de alto que representaba a una lejana diosa.

Rigaut y sus siete hombres se quedaron absortos un buen rato contemplando ese espectáculo. Luego, Howell apartó sin violencia las manos aún extendidas, que se retiraron a su pesar, y le regaló a cada uno, no sin cierta pompa, una de esas hermosas maravillas, de entre las más pequeñas. Después, volvió a hacer el hatillo apretando los nudos con fuerza.

–Esto es solo un adelanto barato si lo comparamos con lo que les espera –precisó–. Cuando estén allí tendrán su parte, y les puedo asegurar que no será escasa. Como mínimo, diez veces el valor de este paquete para cada uno. Yo necesito que me ayuden y ustedes desean estas maravillas, así que estamos hechos para entendernos, ¿no?

Todos asintieron, serios e impresionados. ¡Un regalo incluso antes de empezar! Sí, de poco valor, pero un regalo. Esos anticipos se hundieron en sus bolsillos o entre sus anchos cinturones.

–Señor Howell –dijo Rigaut–, con todo el respeto, usted también podría verse con un puñal en el cuello por esa bolsa.

–Por supuesto –replicó Howell sin expresar el menor temor–. Pero, si se diera el caso, ustedes jamás obtendrían el resto del tesoro. Yo soy el único que los puede llevar hasta él.

–Le podríamos obligar a decirnos dónde se esconde.

Howell se abrió la chaqueta dejando ver su cinturón, de donde pendían un largo puñal de un lado y una pistola del otro.

–Inténtenlo, a ver qué pasa... Soy un viejo duro de roer. Pero, más que nada –dijo con una amplia sonrisa–, es que ni siquiera yo lo sé. No sabré cuál es la ubicación exacta del tesoro hasta que no estemos allí. A día de hoy, no sé más que ustedes.

–Señor Howell, ¿está seguro de que no le han tomado el pelo? Después de todo, la persona con quien hace el negocio también podría haberle timado. Los... sus... aquellos tipos... tienen fama de ser granujas y maliciosos.

–No se preocupe por eso. Nuestros... misioneros me dirán qué camino hay que seguir en cuanto se entreguen las biblias. Yo iré a bordo con ustedes, naturalmente.

–¡Vaya, vaya! ¡Esos sí que son unos buenos cristianos! ¡Un tesoro a cambio de biblias! Espero que al menos estén escritas en chino.

Howell se quedó mirando fijamente al idiota de Benedict.

–Claro –dijo a media voz mientras se levantaba–. Señores, los veo mañana a medianoche en el almacén.

Entregó un papel a Rigaut con la dirección y volvió a salir en mitad de la noche.

Los ocho marineros permanecieron un buen rato sin hablar, con la mirada en las nubes, o más bien perdida entre las vigas ennegrecidas y la capa de humo que planeaba sobre El Pelicano Negro. Después, se pusieron a hablar alegremente todos al mismo tiempo, pidieron ron, se soltaron unos «chiss, más bajito» y unos «no seáis bocazas, demonios» antes de marcharse de la taberna como cubas, para irse a probar otra, voceando por la calle a pleno pulmón canciones de borrachos o estribillos que trataban de chicas muy, pero que muy amables.

